

TORRENCIALES torres! . . . Suena ya como aterrorizada dicción. Y no es más que un soberbio y cacofónico acorde insurreccional, una manera acromática de expresar la inmediatez de lo absolutamente heterogéneo, del *mysterium fascinans*. La imagen figura en el siguiente agrupamiento estrófico de *Poemas humanos*:

*iPasar  
abrazado a mis brazos,  
destaparme después o antes del corcho!  
Monte que tantas veces manara  
oración, prosa fluvial de llanas lágrimas,  
monte abajo, compuesto de suplicantes gradas,  
y, más allá, de torrenciales torres.*

No siempre es fácil descifrar los misterios de la lengua poética vallejana. Y aquí tenemos otro, tal vez el más formidable de todos. La *oración*, manando como un llanto que es a la vez un río, en forma natural, serpentea; y con humilde desgaire, *prosa fluvial de llanas lágrimas*, corre, *monte abajo*, abrazándolo por la cintura. Pero el *monte*, símbolo del espíritu que lo tramonta y ya casi toca el cielo con las manos, como desde la punta del zigurat babilónico, no sólo está compuesto por escaleras o gradas, *suplicantes gradas* que esperan ser una a una holladas hasta la cumbre, sino, también, *más allá* —precisamente el Más Allá—, por *torrenciales torres*.

*Monte y torres*: dos niveles del espacio espiritual escatológicamente diferenciados pero inequívocamente unidos en un mismo ser. Aquí, manso cual regato de prosaicas lágrimas, llana prosa fluvial; allá, perenne y torrencial, abrasándose en los brazos del infinito. Nada puede ya arrebatarles su consona permanencia en un mismo ser.

La metáfora es absorbente en su despiadada e irrespetuosa demanda de representación. Quiere uno pensar o imaginarse ese espectáculo sobrecogedor, de inciertos colores ruidosos. ¿Y cómo? ¿Cómo se ven, con los ojos, unas torres peregrinando en el atroz vendaval que las sacude allá, tan alto? ¿Existe, pues, el ojo en estado salvaje, como quería Bréton?

Fijémonos en las páginas del libro. Un carro de *erres* bate las erguidas *eles* del sintagma, tan tranquilamente recostadas contra el oscuro fondo del blanco cielo del papel. De pronto, empero, todo en nuestro derredor se desquicia. No hay espacio en el mundo sino para el tormentoso flamear de esas inmensas torres inconcebibles. El resto de la creación ha sido casi borrado por ellas<sup>1</sup>. Dispuesto a mirarlas, a asaltarlas, el ojo no puede ver ya otras cosas, nada. Nada, mientras ellas, torres y más torres, continúan arreciendo en su temporal.

Y sin embargo, tampoco podrían moverse por sí mismas, si alguien no las sacudiese y las violentara lanzándolas hacia los pies de su propio Abismo. ¿Y no será,

pues, Dios quien se mueve en ellas? ¿Y no se moverá con ellas porque ellas son algo más que *torres*: símbolos columnarios<sup>2</sup>, inmovibles, de la presencia de algo más humano, y por lo mismo capaz de unirse peligrosamente a El? Una metáfora ululante.

Desentrañemos la exacta filiación literaria del tropo vallejiano. Advertimos que se trata de una vieja y excelsa metáfora clásica. Pensada de nuevo y restituida a su pristina esencia por Vallejo, renace de sus cenizas, transformada en una catacreesis sencillamente única, originalísima a más no poder, como ya lo hemos visto. He aquí la clara fuente literaria de Vallejo: los versos de su poeta más amado, salidos de una oda a Roosevelt de *Cantos de vida y esperanza*:

*iTorres de Dios! iPoetas!  
Pararrayos celestes,  
que resistís las duras tempestades,  
como crestas escueltas,  
como picos agrestes,  
rompeolas de las eternidades!*

Poesía, otra vez, de puras *erres*, tras un fondo de *eles*: *torres, pararrayos, resistís, crestas, agrestes, rompeolas, eternidades*. Pegadas a otras consonantes, las *erres*, se "arrancan" como si se rompiera una bisagra; o bien, asidas entre vocales precarias, desgarrándose en clamoroso ímpetu sonoro. Y todo ello porque hay que calificar al poeta, identificándolo con su símbolo santo, y por santo, primordial, arcaico. *Torres*, sí, pero abandonadas en lo alto, *pararrayos celestes; picos agrestes; crestas escueltas; rompeolas de las eternidades*. Estremecido al contacto del divino Numen que lo posee y le dicta su catastrófica, inefable comunicación, el poeta —a toda asta—, aún afina su lira.

¡Hasta donde tiene que elevarse para ser torre de Dios, y sin dejar de haber sido *monte*, regado de oración —*prosa fluvial de llanas lágrimas, rezando mis estrofas*—, sentir el desgarrón de su caricia. Solamente en ese punto, expuesto al fuego granado de la más sutil artillería, el poeta, al cabo de sí mismo, conoce a fondo si lo es.

*Vien retro a me, e lascia dir le genti;  
sta come torre ferma, che non crolla  
giammai la cima per soffiar de 'venti.*

"Sígueme... Sé firme como una torre, cuya cúspide no se doblega jamás al embate de los vientos"<sup>3</sup>

<sup>2</sup> *Columnario* es voz vallejana (tríflica) que asimila dos conceptos en uno: columna (dórica), la gracia que sostiene y eleva al templo sobre la colina; y columna vertebral, el sostén anatómico que el hombre endereza de continuo por su propia voluntad, cuando quiere caminar erguido y elevarse hacia su propia verdad espiritual, lo que no puede hacer tampoco sin procurarlo lleno de dolor: *columnario dolor de cabeza*. Subiendo por su propio *columnario*, así es Vallejo él mismo.

<sup>3</sup> Arturo Marasso, en su libro "R.D. y su creación poética", establece la conexión. Es Virgilio quien habla al poeta.

<sup>1</sup> Por puro azar, encuentro una confirmación inesperada: "Toda imagen, decía Louis Aragon, debe producir un cataclismo. . . Para cada hombre hay que encontrar una imagen que anule el universo entero".

Tempestuosas eternidades se encrespan intentando desprender de sus raíces aquellas torres o cúspides humanas de la Palabra, demasiado próximas a lo Indecible, y ya se cimbran, oscilan de un lado a otro, con místico terror, casi cayéndose de su estatura, ebrias del divino licor que las embebe, más siempre volviendo porfiadamente a levantarse sobre sus pies, a erigirse en columnas embebidas donde el Divino Cero acusa sus terribles accesos.

Sólo el genio religioso de Vallejo podía haber penetrado con tanta hondura metafísica la enorme metáfora rubendariana. Genio religioso, empero, que le faltó a Darío para haber sido el poeta más próximo a Dios que cantase jamás en tierra americana. Y es que Darío anheló sin sacrificarse a su anhelo. Contempló a Dios con una

mirada todavía de terciopelo, profética, lejana e inhibida. Aunque fue mucho lo que vio, tiene miedo y es espantadizo. Quiere ser el Todo —*yo estoy en tí y por tí, yo soy el Todo*—, pero no está de acuerdo con el sacrificio cristiano. Hubiera sido lo mismo que pedirle saltar sobre su propia sombra.

Por el contrario, tan peligrosa y libre aproximación mística al Sobrenatural, le estaba reservada al osadísimo Vallejo, que dejó aparte el instrumento lírico, y vivió y murió<sup>4</sup>, lo hemos mostrado en otra parte, asido a su cruz, experimentando la inhumana hazaña de extraer de sí mismo el *dios* de que todo hombre libre, sépalo o no, todo auténtico poeta, muere siempre.

---

<sup>4</sup>A la cabeza de mis propios actos; lavad vuestro esqueleto cada día; muramos, etc., etc.